

CENIZAS

ALONSO



LÁZARO

VEN, Lázaro!—gritóle
el Salvador, y del sepulcro negro
el cadáver alzóse entre el sudario,
ensayó caminar, á pasos trémulos,
alzó, palpó, miró, sintió, dió un grito
y lloró de contento.

Cuatro lunas más tarde, entre las sombras
del crepúsculo oscuro en el silencio
del lugar y la hora entre las tumbas
de antiguo cementerio
Lázaro estaba, sollozando á solas
y envidiando á los muertos.





LUZ DE LUNA

ELLA estaba con él... A su frente
pensativa y pálida,
penetrando al través de las rejas
de antigua ventana,
de la luna naciente venían
los rayos de plata.
El estaba á sus pies, de rodillas,
perdido en las vagas
visiones que cruzan en horas felices
los cielos del alma.

Con las trémulas manos asidas,
con el mudo fervor de los que aman,
palpitando en los labios los besos,
entrambos hablaban
el lenguaje mudo,
sin voz ni palabras,
que en momentos de dicha suprema
tembloroso el espíritu habla...

.....
El silencio que crece... la brisa
que besa las ramas,
dos seres que tiemblan, la luz de la luna
que el paisaje baña...
¡Amor, un instante detén allí el vuelo,
murmura tus himnos de triunfo, y recoge las alas!

.....

Unos meses después, él dormía
bajo de una lápida
el último sueño de que nadie vuelve,
el último sueño de paz y de calma.

.
Anoche, una fiesta
con su grato bullicio animaba
de ese amor el tranquilo escenario.

¡Oh burbujas del rubio champañal
¡Oh perfume de flores abiertas!
¡Oh girar de desnudas espaldas!
¡Oh cadencias del valse que mueve
torbellinos de tules y gasas!

Allí estuvo, más linda que nunca,
por el baile tal vez agitada;
se apoyó levemente en mi brazo,
dejamos las salas,
y un instante después penetramos
en la misma estancia
que un año antes no más la había visto
temblando, callada,

cerca de él. . . .
. Amorosos recuerdos,
tristezas lejanas,
cariñosas memorias que vibran
cual sonos de arpa,
tristezas profundas
del amor, que en sollozos estallan,
presión de sus manos,
son de sus palabras,
calor de sus besos,
¿por qué no volvisteis á su alma? . . .

A su pecho no vino un suspiro,
á sus ojos no vino una lágrima,
ni una nube nubló aquella frente
pensativa y pálida,
y mirando los rayos de luna
que al través de la reja llegaban,
murmuró con su voz donde vibran,
como notas y cantos y músicas de campanas vi-
brantes de plata:

¡Qué vales tan lindos!
¡Qué noche tan clara!





MUERTOS

EN los húmedos bosques, en Otoño,
al llegar de los fríos, cuando rojas
vuelan sobre los musgos y las ramas
en torbellinos las marchitas hojas,
la niebla al extenderse en el vacío
le da al paisaje mustio un tono incierto,
y el follaje do huyó la savia ardiente
tiene un adiós para el Verano muerto,
 ¡y un color opaco y triste
 como el recuerdo borroso
 de lo que fué y ya no existel

En los antiguos cuartos hay armarios
que en el rincón más íntimo y discreto,
de pasadas locuras y pasiones
guardan, con un aroma de secreto,
viejas cartas de amor, ya desteñidas,
que obligan á evocar tiempos mejores,
y ramilletes negros y marchitos,
que son como cadáveres de flores,
 ¡y tienen un olor triste
 como el recuerdo borroso
 de lo que fué y ya no existel

Y en las almas amantes, cuando piensan
en perdidos afectos y ternuras,

que de la soledad de ignotos días
no vendrán á endulzar horas futuras,
hay el hondo cansancio que en la lucha
acaba de matar á los heridos,
vago como el color del bosque mustio,
como el olor de los perfumes idos,
 y el cansancio aquel es triste
 como un recuerdo borroso
 de lo que fué y ya no existe!



TRISTE

CUANDO al quererlo la suerte
se mezclan á nuestras vidas
de la ausencia ó de la muerte
las penas desconocidas,

 y, envueltas en el misterio
 van, con rapidez que asombra,
 amigos al cementerio,
 ilusiones á la sombra,

 la intensa voz de ternura
 que vibra en el alma amante,
 como entre la noche oscura
 una campana distante,

 saca recuerdos perdidos
 de angustias y desengaños,
 que tienen ocultos ruidos,
 en las ruinas de los años,

 y que al cruzar aleteando
 por el espacio sombrío,
 van en el ser derramando
 sueños de angustia y de frío,

 hasta que alguna lejana

idea consoladora,
que irradia en el alma humana
como con lumbre de aurora,

en su lenguaje difuso
entabla con nuestros duelos
el gran diálogo confuso
de las tumbas y los cielos.



PSICOPATÍA

EL parque se despierta, ríe y canta
en la frescura matinal... La niebla,
donde saltan aéreos surtidores,
de arco iris se puebla
y en luminosos velos se levanta.
Su olor esparcen entreabiertas flores—
suena en las ramas verdes el pío, pío
de alados huéspedes cantores,—
brilla en el césped húmedo el rocío...
¡Azul el cielo! ¡Azull... Y la suäve
brisa que pasa, dice:
¡Reid! ¡Cantad! ¡Amad! ¡La vida es fiesta,
es calor, es pasión, es movimiento!
Y forjando en las ramas una orquesta,
con voz grave lo mismo dice el viento,
y por entre el sutil encantamiento
de la mañana sonrosada y fresca,
de la luz, de las yerbas y las flores,
pálido, descuidado, soñoliento,
sin tener en la boca una sonrisa,
y de negro vestido
un filósofo joven se pasea,
olvida luz y olor primaverales,
é impertérrito sigue en su tarea
de pensar en la muerte, en la conciencia
y en las causas finales!
Lo sacuden las ramas de azalea,

dándole al aire el aromado aliento
de las rosadas flores,—
lo llaman unos pájaros, del nido
do cantan sus amores,
y los cantos risueños
van, por entre el follaje estremecido,
á suscitar voluptuosos sueños,
y él sigue su camino, triste, serio,
pensando en Fichte, en Kant, en Vogt, en Hegel,
y del *yo* complicado en el misterio...

La chicuela del médico que pasa,
una rubia adorable, cuyos ojos
arden como una brasa,
abre los labios húmedos y rojos,
y le pregunta al padre, enternecida:
—Aquel señor, papá, ¿de qué está enfermo,
qué tristeza le anubla así la vida?
Cuando va á casa á verle á usted, me duermo;
tan silencioso y triste... ¿Qué mal sufre?...
... Una sonrisa el profesor contiene,
mira luego una flor, color de azufre,
oye el canto de un pájaro que viene,
y comienza de pronto, con descaro:
—Ese señor padece un mal muy raro,
que ataca rara vez á las mujeres
y pocas á los hombres... ¡hija mía!
Sufre este mal: *pensar*... esa es la causa
de su grave y sutil melancolía...
El profesor después hace una pausa,
y sigue:—En las edades
de bárbaras naciones,
serias autoridades
curaban ese mal dando cicuta,
encerrando al enfermo en las prisiones,
ó quemándolo vivo... ¡Buen remedio!

Curación decisiva y absoluta
que cortaba de lleno la disputa
y sanaba al paciente... mira el medio...
la profilaxia, en fin... antes; ahora
el mal reviste tantas formas graves,
la invasión se dilata aterradora
y no lo curan polvos ni jarabes;
en vez de prevenirlo los gobiernos
lo riegan y estimulan;
tomos gruesos, revistas y cuadernos
revuelan y circulan
y dispersan el germen homicida...
El mal, gracias á Dios, no es contagioso,
y lo adquieren muy pocos; en mi vida
sólo he curado á dos. Les dije:
—Mozo,
váyase usted á trabajar de lleno,
en una fragua negra y encendida,
ó en un bosque espesísimo y sereno;
machaque hierro, hasta arrancarle chispas,
ó tumbe viejos troncos seculares
y logre que lo piquen las avispas,—
si lo prefiere usted cruce los mares
de grumete en un buque, duerma, coma,
muévase, grite, forcejee y sude,
mire la tempestad cuando se asoma,
y los cables de popa ate y anude
hasta hacerse diez callos en las manos
y limpiarse de ideas el cerebro...
Ellos lo hicieron y volvieron sanos...
—Estoy tan bien, doctor...—¡pues lo celebrol—
Pero el joven aquel es caso grave
como conozco pocos,—
más que cuantos nacieron piensa y sabe;
irá á pasar diez años con los locos,
¡y no se curará sino hasta el día

en que duerma á sus anchas
en una angosta sepultura fría,
lejos del mundo y de la vida loca,
entre un negro ataúd de cuatro planchas,
con un montón de tierra entre la boca!



DON JUAN DE COVADONGA

DON Juan de Covadonga, un calavera
sin Dios, ni rey, ni ley, y cuyo hermano
Hernando el mayor, era,
después de haber llevado airada vida,
Prior de cierto convento en Talavera;
Don Juan el poderoso, el cortesano,
Grande de España y seductor de oficio,
el hombre en cuya mano
tuvo grandeza excepcional el vicio,
después de amar, de odiar, de lograr todo
cuanto es posible é imposible, un día
sintió el cansancio de la vida, el lodo
de cuantos goces le ofreció la suerte,
y mezcló á su tenaz melancolía
el ansia de consuelos superiores;
pensó en Dios, pensó en Dios, pensó en la muerte,
pensó en la eternidad, y desprendido
del lujo, del amor, de los honores,
escribió á la duquesa de Vilorte
diciéndole un adiós definitivo;
arregló todo, abandonó la Corte,
y sin un escudero, al paso vivo
de su yegua andaluza, macilento,
huyendo del pasado, fugitivo
por ignorada vía,
llegó á la portería
silenciosa y oscura del convento.
—¿Nuestro Padre Prior?—preguntó al lego.

—En oración, hermano.

—Por la vida

lo llamará vuesa merced... —Ahora
es imposible, hermano... Vuelva luego,
es imposible ahora... Extasis santo,
cuando reza lo embarga.—Mas le ruego...
Yo estoy aquí perdiéndome entretanto;
siento la angustia del infierno, el fuego...
—Sírvese entrar al locutorio... —Vanos
placeres, del Señor sonó la hora,
don Juan dijo al entrar: ¡mundo, hasta luego!
Y por fin se encontraron los hermanos...

*

Don Juan perdido, en crápulas y excesos
temblándole las manos,
con el aire de un pobre arrepentido
y la boca marchita por los besos,
y Hernando, el Prior, brillándole en los ojos
un fuego juvenil siempre encendido,
y süaves y rojos
los labios por las santas oraciones
y el olvido del mundo y las pasiones.

*

—¿Orando tú?... le dijo
don Juan con voz monótona y cansada.
Lejos de todo, en la quietud suprema
de la vida del claustro, cuando fijo
temblando una mirada
en el abismo actual de mi miseria,
sueño también en el retiro.—¿Cómo,
interrumpió el Prior —la cosa es seria?
¿Te arruinaste por fin? La de Vilorte,
la archiduquesa de cabellos rubios...

La dama más hermosa de la Corte,
la rival de la Reina en el donaire
aun de sus besos guardas los efluvios...
¿Qué pasa por allá?... ¡Si traes un aire!
Oye, Juan; mira, hermano: aquí en la triste
vida conventual, todo reviste
un aspecto satánico; mis horas
tienen angustias indecibles; mira,
un enjambre de formas tentadoras
entre mi celda por la noche gira
y huye... De la oración con los empeños
la disipo por fin... Ansío el oro,
suenan choques de armas en mis sueños,
flota un rumor de besos en el coro,
y es mi vida una lucha prolongada
de rudos sacrificios
en que domo la carne alborotada,
con ayunos y rezos y cilicios...
¡Y yo llegué al convento; pobre loco,
soñando al fin en descansar un poco
y en ansiedades místicas perdido!
Pero dime, ¿á qué vienes?

—Yo... por verte,
dijo don Juan, por verte á toda prisa
y por darte noticia de la muerte
de don Sancho de Téllez; tú, mi santo,
por su eterno descanso di una misa.
Y al salir por el negro camposanto,
en que el convento oscuro se prolonga
ansiando la quietud de los que fueron,
por la primera vez se humedecieron
los ojos de don Juan de Covadonga.

